



CAPITULO VIII

La vuelta de Trini

QUÉ agua tan fría la de aquel estanque! ¡Brr! brr! brr! Castañeteaban los dientes y dolían los huesos de la cabeza como si quisieran desligarse é irse cada cual por su camino. Las piernas y los brazos, cansados de nadar, se agarrotaban como si fueran de hierro; comenzaba á tragar agua y sentía que me iba sumergiendo poco á poco... Ya no alcanzaba plan; dí una manotada y conseguí sacar la cabeza; otra y me hundí hasta el fondo... Seguí bajando, bajando no sé cuántas brazas, no sé cuántas leguas, no sé cuántos minutos, quién sabe cuántos años...

Al fin de aquel descenso me encontré en un campo yermo y agostado; era una tierra blanca como *tepetate*, que criaba aquí y allá unos cuantos matojos raquíticos,

de hojas lanceoladas, puntiagudas como dardos y punzantes como espinas. Una charca de aguas fétidas, verdosas, sin movimiento, dejaba ver algunas que parecían plantas lacustres; pero no había tal: la vegetación se componía de brazos, de piernas y de cabezas, con flores de manos, de pies y de cabelleras...

Me acerqué á cortar unas cuantas de aquellas flores, y salió un líquido viscoso primero, después fluido y sin consistencia: era sangre que teñía de rojo las aguas del canal, rebasaba de él y empapaba el campo, los matojos y las piedras.

Quise librarme de aquella invasión y subí á un paredoncito, que limitaba el campo hacia un lado... De repente, aquella sangre empezó á coagularse, y de ella salieron multitud de viejos, de niños, de hombres y de mujeres que corrían en carrera desenfrenada, lanzando alaridos y atropellándose unos á otros; pero, caso singular, de aquellos monstruos el que tenía manos no tenía pies, el que llevaba cabeza carecía de ojos... Mujeres había con los senos cortados, hombres que tenían los ojos saltados y la lengua de fuera, niños que llevaban, á manera de peto rojo, una sangrienta herida en el pecho...

Pero todos corrían, se buscaban, se entretejían y se chocaban, y á cada golpe brotaba nuevo caudal de sangre que iba á aumentar el que llenaba el valle.

Corrí, corrí desalentadamente, como si me persiguie-

ran; pero mis remos me hacían falta y oía aún las vociferaciones de los que gritaban á lo lejos. Me encontré en un bosque tupido de árboles tan inmediatos que los troncos se tocaban; pero las ramas eran piernas y orozos humanos, y de ellas pendían cien ahorcados, mil ahorcados, un millón de ahorcados.

Tenían la cabeza caída como en actitud de resignación, los brazos caídos como en actitud de desesperación; ninguno tenía pies, ni piernas hasta la rodilla; los coyotes y las zorras habían dado razón de ellos.

Unos estaban frescos y conservaban la carne, que empezaba á desprenderse corrupta y deforme; otros estaban secos y conservaban todavía la piel, que sonaba como el parche de un tambor; otros eran ya puros huesos, emblanquecidos por el sol y la lluvia, y á éste le faltaban las piernas, pero tenía el costillar; aquél se pavoneaba con sus manos descarnadas, pero no tenía piernas ni tórax, y de otro y otros sólo quedaban unas cuantas vértebras y las calaveras que miraban estoicamente por sus cuencas vacías, cómo se pudrían entre hojarasca sus restos áridos y tristes...

El viento, al pasar entre las osamentas, como que se dolía, como que se mofaba, como que se reía y como que aullaba... Pero no, quien aullaba era un perro flaco y con las orejas gachas que atravesaba á todo correr el campo, devorando un hueso de niño que todavía guardaba esquirlas de carne.

Iba tras él un ranchero con la cotona rota, las calzoneras rotas y los *guarachis* rotos, y dejaba de aguijar con la puya á una yunta de bueyes flacos que *asegundaban* unas milpas amarillentas, que no alzaban de los surcos el canto de la mano.

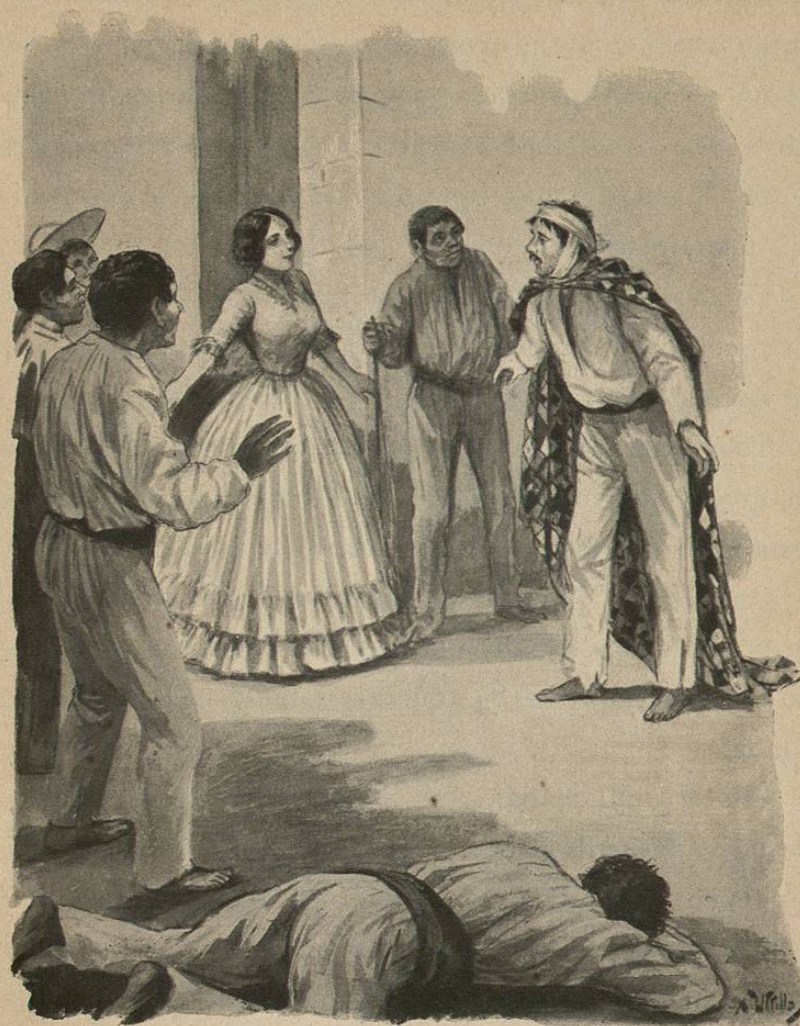
De repente, el labriego echó á correr: sonaban tiros, tiros cercanos que le hacían huir y dejar la heredad, y de entre los surcos de las milpas raquílicas, de todas partes, salían bellacos esgrimiendo lanzas, gritando «¡Viva la Religión!», los unos, y apellidando «¡Libertad!», los otros.

Desperté al fin molido, con la boca amarga y seca, como si hubiera estado mascando paño mugriento, é incorporándome ligeramente en la cama, puse atención á los ruidos de fuera.

No cabía duda; se estaban batiendo, y de mi sueño era verdad por lo menos el tiroteo aquel que asordaba los oídos.

Cogiéndome de la cama bajé al suelo, y ví que delante del atajadizo de petates que habían puesto para resguardarme de la intemperie, estaban muchos hombres jurando, blasfemando y disparando tiros sin cesar. Andando en un pie me aproximé al rincón, que distaba una vara escasa de la cama, y de allí me llegué á un poyo de piedra que estaba dentro de un garitón, de donde salían las voces y los disparos.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, digo, cuentan todos



los que me vieron en esa ocasión, que presentaba la más extravagante y singular figura que habían visto sus ojos. Llevaba, según dicen, la cabeza y la cara atadas con pañuelos; sobre la espalda, á guisa de manto real, tenía

una colcha de las acreditadas de *pedacitos*, que todavía suelen verse en alguna casa de respeto, colgadas en honor de un señor obispo; y con los ojos fosforescentes, la parte libre del rostro llena de contusiones y la barba crecida, tenía el aspecto más completo de facineroso derrotado que podía pensarse.

Eramos diez en el antro aquel, amén de cuatro que en aquella hora estaban arreglando su cuenta con el juez de vivos y muertos, y que yacían tendidos por el suelo.

Todos disparaban sin cesar; pero hubo un momento en que el fuego comenzó á decrecer, como si hubieran disminuído el ánimo ó los pertrechos de pelear.

Un viejo á quien yo reconocía allá en los limbos de mi imaginación, guiaba y dirigía á todos; pero ¡qué cano me resultaba, qué barba tan larga tenía y qué agobiado estaba!

El viejo se llamaba..., se llamaba..., no, no podía recordar cómo se llamaba.

Repentinamente apareció (y bien dicho está que apareció, pues no la ví entrar por puerta ni ventana) una mujer, una niña, un ángel ó cosa que lo semejaba, y dijo algo que no recuerdo; pero que era súplica, ruego, inclinación á que se rindieran los que peleaban.

Entonces sentí que me quitaban una venda de los ojos, que me acudían fuerzas al brazo, que recobraba toda mi lucidez y sobre todo que se redoblaba toda mi energía.

— No, Trini, grité, no rendirnos, nunca rendirnos... ¿Qué pueden hacernos si seguimos resistiendo? ¿Matar-nos? Pues también nos matarán si nos entregamos... ¡Duro en ellos!... A mí, una pistola, un rifle, una cosa que mate, y no entrarán esos bandidos...

Todos me miraron con espanto y hasta con admiración, y sin comentar el caso ni extrañarlo me dieron un revólver de Colts.

Amanecía, y los ladrones deseaban apresurar los sucesos, á fin de que con la luz no se echaran de ver sus escasas fuerzas. Uno de caballo tordillo y zarape rojo en la grupa, alentaba y dirigía á los otros. En uno de tantos envites subió las peñas que rodeaban la casa hasta ponerse á tiro de mi mano zurda.

— ¡Éntrenle, muchachos, que son pocos! ¡Viva la religión!

— ¡Toma tu religión, *sinvergüenza!* le grité; y al mismo tiempo hice fuego con tan rara fortuna, que derribé del caballo al capitanejo. El potro corrió espantado por la cuesta abajo, agitando las cantinas y el zarape rojo, y el otro bruto quedó tendido cuan largo era con los brazos en cruz, las piernas abiertas y la cara escorzada.

Cesó unos minutos el ataque; pero á poco volvieron los que quedaban, aullando como demonios. Volví á hacer uso de mi pistola; pero ya no logré hacer blanco, por más

que Perfecto, á quien reconocí entre los defensores, me sostenía apoyándome con su cuerpo.

— Ya no hay más que cien tiros, dijo uno de los muchachos.

— Quitarles los suyos á los muertos, grité mientras seguía haciendo fuego.

— No se juntaron más que cincuenta...

— Seguir disparando y que traigan, mientras, las piedras que están en la azotea... Que hiervan dos ó tres peroles de agua...

Sintieron los bribones que amenguaba el fuego, y quisieron intentar el asalto.

— Que permanezcan todos, ordené, tirando lo que se pueda; vámonos á las piedras...

Treparon juntos un demonio negro y membrudo, que se encaramó por una viga apoyada contra la pared, y un viejo de pechera de cuero y cara de santo.

Dejamos que subieran á buena altura, y ya arriba les arrojamos dos ollas de agua hirviendo. Uno cayó desde lo alto de la viga; el otro cayó á poca distancia del suelo. Luego los tundimos á pedradas hasta que vimos no se movían.

Les sucedieron tres bellacos que imaginaron salvarse de nuestro ingenio poniéndose por la cabeza los zarapes á guisa de turbante; pero no pudieron evitar quemaduras en el pecho y las manos, que llevaban desnudos. También

cayeron, y uno fué lapidado por la mano certera de los peones.

Natividad y otro mozo acababan de hacer un buen tiro desde su atalaya, y celebrando nosotros que el número de ladrones fuera menor, nos descuidamos un tanto de la vigilancia del punto asaltado.

Cuando menos lo pensamos, un bribón de aquellos trepó por la viga; valiéndose de los pies, de las manos, de las uñas, de todo, llegó hasta la barda del corredor, y saltando sobre mí, que estaba recostado en el poyo, entró gritando con todos sus pulmones:

— ¡Ay, poder de Dios!... ¡Éntrenle, pelones, y verán lo que es cajeta!...

Dejó seco de un tiro á uno de los mozos, mal hirió á otro, y cuando iba con la pistola amartillada contra don Crescencio, lo *aseguré* con un tiro certero que le partió la cabeza como mázapán.

Fué la última acometida; los pocos ladrones que quedaban huían lanzando feroces amenazas, dejando en el campo catorce cadáveres y llevándose consigo dos heridos.

Ahora, como historiador fiel y puntual, voy á hacer algunas explicaciones que aclaren y completen lo que no está bien determinado en mi relación, que puede

tachar de inverosímil alguno de esos que les gusta llevar las cosas tan por el cabo que no se les halle.

Debo advertir que muchas cosas de las que cuento pasaron por mis ojos y otras las he oído referir cien mil veces; pero nunca ví que don Crescencio, Trini y doña María Antonia se pusieran de acuerdo, sino que en cada ocasión, ya respecto de la substancia, ya de los accidentes, discrepaban un poco. Voy á ver si consigo formar una relación ecléctica, con las varias lecciones que he escuchado.

La casa es una de esas viejísimas, mitad ventas mitad castillos, que abundan en la serranía de Cuauhchihila, donde hasta muy avanzado el siglo XVIII los indios solían hacer entradas matando habitantes y pasajeros.

Tenía al frente un corredor y dos *garitones* de piedra, y se levantaba en una zona erizada de peñascos. El garitón del lado norte necesitaba ser defendido; el otro se defendía por sí, pues nada menos caía á un barranco tajado á pico y no había miedo que nadie se aventurara á subir por él.

La habitación en que me habían metido comunicaba con el garitón y éste con el corredor; así es que escuché claramente el estruendo de los tiros y el movimiento de fuera:

Según cuentan (y aquí empiezan las discrepancias), cuando llegué desvariando y aporreado, llevaba la cara

tapada y no bullía pie ni mano, como si ya hubiera entregado el alma á mi Criador.

Según parece, Perfecto avisó que en la Puerta de don *Grabiél* se había encontrado á un sujeto *desquebrajado* y hecho pedazos y preguntó qué había de hacerse con él. Don Crescencio dió orden para que me metieran á la pieza de los huéspedes, y dispuso llamaran al componedor; aunque gravísimos autores asientan que me vió y estuvo hablándome; pero que no me reconoció por su cortedad de vista y porque llegué hecho un Nazareno.

Sea de ello lo que fuere, diré como los abogados, lo cierto del caso es que me atendieron, me curaron y me permitieron escribir estas cosas, que no sé si á los lectores, pero á mí sí, me entretienen grandemente.

